



VIGILIA PASCUAL

Catedral de Orihuela, sábado 15 de abril

“¿Por qué esta noche es distinta de las demás noches?” Con esta pregunta que formulaba el más pequeño de la familia se desarrollaba la celebración de la Pascua judía. También nosotros hemos comenzado esta Vigilia Pascual con el anuncio solemne de que “esta es la noche” en que Dios actúa y realiza la salvación de los hombres. Por ello, desde siempre, el hombre creyente cristiano ha cantado y celebrado la fuerza, el misterio, la novedad de esta noche.

Es la Pascua de Dios, su paso por el mundo: A lo largo de la historia de la salvación, Dios no ha hecho otra cosa que pasar por nuestro mundo, nuestra historia, trayendo vida y salvación. El Antiguo Testamento es anuncio y prefiguración del Nuevo Testamento. Cada una de las lecturas del Antiguo Testamento nos preparan para acoger la salvación que Jesucristo realiza esta noche con su muerte y resurrección.

Ya desde el Génesis se nos dice que Dios actúa creando y regalando vida. Nos creó para salvarnos, para redimirnos en Cristo. Nuestro Dios es un Dios enamorado de la vida, que llama a la existencia lo que no existe, y lo conserva en su existencia y lo destina a un final de salvación. (La lectura del Génesis nos ha narrado el acto creador de Dios y la complacencia de Dios en todo lo creado). Por el pecado se perdió la belleza y la pureza original de las cosas. Pero en esta noche todo vuelve a su esplendor original, sobre todo el ser humano, que vuelve a ser imagen de la Imagen que es Jesucristo, resucitado de entre los muertos. En esta noche la creación es redimida y el hombre también.

En la lectura del Éxodo se nos ha mostrado a un Dios que pasa por la historia liberando de la esclavitud y creándose un pueblo de hombres

libres. Para ello el poder de Dios se enfrenta con los poderes del Faraón hasta derrotarlo. Dios no permite el oprobio y el sufrimiento injusto, sale en defensa de los hombres explotados por el pecado, para traerles libertad y dignidad, en definitiva la vida de hijos. El acontecimiento del Éxodo es anticipo de la gran liberación que nos trajo Jesús con su muerte en la Cruz, porque fue ahí donde quedó vencido el pecado y el odio de los hombres.

Hemos proclamado en esta noche santa otras lecturas de los libros de los profetas Isaías, Ezequiel, en donde aparece el despliegue de la promesa. En efecto, Dios pasó por la historia prometiendo la salvación que traería el Mesías de Dios. Esa salvación la estamos celebrando en esta noche con la victoria de Jesús sobre la muerte y el pecado. El Mesías nos ha traído la salvación de Dios realizando el servicio humilde y paciente que las antiguas profecías le habían señalado.

Es la Pascua de Jesucristo: En esta noche Dios pasó por el reino de la muerte para resucitar a su Hijo Jesús. El paso de Dios fue una sentencia de vida para su Hijo muerto.

En efecto, el Viernes Santo, meditábamos la pasión y muerte de Jesús. Veíamos como por fin los dirigentes políticos y religiosos se quedan tranquilos porque habían acabado con lo que les perturbaba y les ponía en peligro la imagen de Dios que ellos profesaban. Ahora, al tercer día, el Padre intervine en el reino de la muerte y resucita a su Hijo, de entre los muertos, dándole la razón en contra de todos los que le habían ajusticiado. La Resurrección es, en definitiva, el sí de Dios a todo lo que Jesucristo vino a revelar, a todo lo que Jesús hizo y predicó en nombre de Dios.

Es la pascua de todo cristiano: Es la Iglesia entera la que celebra y proclama su pascua en esta noche. La Iglesia misma nace de la confesión de fe de que Cristo ha resucitado. Pero cada cristiano celebra también en esta noche su pascua, el paso de Dios por su vida. Somos existencialmente pascua. ¿Y qué significa esto?: “Andar en una vida nueva”, nos ha dicho San Pablo en su carta. Morir a la antigua vida de pecado, al hombre viejo, para renacer como hombre nuevo.

La voz de Dios resuena en esta noche con voz potente para que salgamos de nuestros sepulcros y levantemos las losas que nos aplastan. En el fondo

del sepulcro se encuentra el hombre orgulloso, el hombre hedonista, el hombre triste, el hombre envidioso, el hombre egoísta. Este hombre ha de quedar sepultado en el sepulcro y renacer al hombre nuevo, el hombre que busca una vida nueva, que desea transformar su vida y su corazón.

El hombre nuevo es aquel capaz de convertir el corazón de piedra en corazón de carne; el que tiene la experiencia del perdón, el que siente en lo más profundo de su ser una fuente de alegría que nadie le puede arrebatar; el que tiene paz porque han desaparecido todos los miedos y se puede arrojar en las manos amorosas de Dios. El que siente un gran amor por todos los hermanos, incluso por aquellos que le hacen daño. El que ve en el pobre el rostro del Señor. El que sabe que nunca está solo, porque Cristo está con él.

✠ Jesús Murgui Soriano.
Obispo de Orihuela-Alicante.